

cerá grandemente entablar con él más amplias relaciones.

—Corriente, dije. Pues V. se empeña, vamos allá. Bajamos por nuestros gabanes, y nos salimos.

D... vivía á dos pasos de la Opera; y como la noche estaba templada, y me dí á entender que el aire libre calmaría un poco á mi compañero, le propuse y aceptó el ir á pie.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIII

En el salón encontramos á algunos amigos míos, asiduos concurrentes de las tablas de la Opera, inquilinos del palco infernal; y además, y como yo sospechara, á dos ó tres dominés sin careta y con sendos ramos en las manos ínterin llegaba el instante de plantarlos en los jarros.

Huelga decir que Luis de Franchi fué cortésmente acogido por aquellos y aquellas á quienes lo presenté.

Diez minutos después llegó D... en compañía del ramo de miosótides, que se quitó el antifaz con una confianza y una facilidad que delataban tanto á la mujer hermosa como á la mujer acostumbrada á aquella clase de diversiones.

En cuanto hube presentado á Franchi á mi amigo D..., dijo B...:

—Si se han hecho ya todas las presentaciones, pido que nos sentemos á la mesa.

—Ya están hechas, replicó D..., pero todavía no han llegado todos los convidados.

—¿Quién falta?

—Chateau-Renaud.

—¡Ah! es verdad. ¿No hay pendiente con él una apuesta? preguntó V...

—Sí, una apuesta de una cena para doce personas si no trae á cierta dama á quien se ha comprometido á traer.

—¿Qué dama es esa tan esquiva, preguntó el ramo de miosótides, que por ella se hacen tales apuestas?

Miré á Franchi, y aunque aparentemente tranquilo, estaba pálido como un difunto.

—No creo pecar de indiscreto nombrando á la máscara, profirió D..., tanto más cuanto, según toda probabilidad, ustedes no la conocen. Es la señora...

—Caballero, dijo Luis poniendo la mano en el brazo de D..., concédame V. una merced en gracia á nuestras nacientes relaciones.

—Diga V., caballero.

—No nombre V. á la persona que ha de venir con el señor de Château-Renaud: ya sabe V. que es una mujer casada.

—Pero cuyo marido está en Esmirna, en la India, en Méjico, ¿qué sé yo? Cuando una mujer tiene tan lejos á su marido, es como si no lo tuviese.

—Su marido regresa dentro de algunos días, y lo conozco, y es hombre digno, y de ser posible, querría evitarle la pesadumbre de saber, á su regreso, que su mujer ha cometido semejante acto de ligereza.

—Perdone V., dijo D... Ignoraba que V. conociese á esa dama, y aun dudé que estuviese casada: mas ya que V. la conoce, y conoce á su marido...

—Los conozco.

—Obraremos con la mayor discreción. Señoras y señores, venga ó no venga Château-Renaud, se presente solo ó acompañado, pierda ó gane la

apuesta, pido á ustedes el secreto sobre esta aventura.

Todos prometieron guardar el secreto, no probablemente por estar imbuidos de los miramientos sociales, sino porque les apretaba el hambre, y, por consiguiente, porque tenían prisa de sentarse á la mesa.

—Gracias, caballero, dijo Franchi á D... tendiéndole la mano; acaba V. de realizar un acto noble.

Pasaron todos al comedor, y, cada cual sentado en su sitio, quedaron dos vacantes: el de Château-Renaud y el de la mujer que éste había de acompañar.

—Deje V. estos cubiertos, dijo el dueño de la casa al criado que quiso quitarlos; Château-Renaud tiene tiempo hasta las cuatro. Si para entonces no ha llegado, quitelos V., pues al dar las cuatro habrá perdido.

Yo, que no desviaba de Franchi la mirada, le vi volver los ojos hacia el péndulo, que en aquel instante señalaba las tres y cuarenta.

—¿Va bien el péndulo? preguntó Luis con frialdad.

—Esto no me atañe á mí, respondió D... echándose á reír, sino á Château-Renaud; mi péndulo está regulado sobre su reloj, á fin de que no diga que le han jugado una treta.

—Ea, señores, profirió el ramo de miosótides, ya que no podemos hablar de Château-Renaud y de su incógnita, no hablemos; de lo contrario vamos á enfrascarnos en los símbolos, en las alegorías y en los enigmas, lo cual es fastidioso hasta más no poder.

—Dice V. bien, Est..., repuso V...; ¡hay tantas mujeres de las cuales puede uno hablar y que no desean sino que uno hable de ellas!...

—¡A la salud de estas! exclamó D...

Los convidados, cada uno de los cuales tenía frente á sí una botella de champaña frío, empezaron á llenar sus vasos.

—Beba V., dije á Luis, al ver que éste apenas humedeció los labios en su vaso; ya ve V. que no vendrá.

—Todavía faltan quince minutos para las cuatro, replicó Franchi. Si á las cuatro no está aquí, le prometo atrapar al que más haya bebido.

—Enhorabuena.

Mientras Luis y yo cruzábamos en voz baja estas palabras, la conversación se generalizó y se hizo expansiva.

De tiempo en tiempo, Luis y D... fijaban la mirada en el péndulo, que continuaba su marcha impasible, pese á la impaciencia de las dos personas que consultaban su minuterio.

A las cuatro menos cinco, miré á Franchi y le dije:

—¡A la salud de V.!

Luis cogió su vaso, y, sonriéndose, lo llevó á los labios; pero apenas había bebido la mitad, cuando resonó un campanillazo.

—Es él, profirió Luis, poniéndose, aunque parecía imposible, todavía más pálido de lo que estaba.

—Pero tal vez venga sin ella, repliqué.

—Pronto vamos á verlo.

El campanillazo había despertado la atención de todos, y el silencio más profundo siguió á la bulliosa conversación que reinaba en torno de la mesa y que, de cuando en cuando, saltaba por encima de ella.

Entonces se oyó un como debate en la antesala, y D... se levantó y fué á abrir la puerta.

—He conocido su voz, me dijo Luis asiéndome la muñeca y estrechándomela con fuerza.

—Ea, ánimo, sea V. hombre, repliqué; si viene á cenar en casa de un hombre á quien no conoce y en compañía de gente á quien no conoce mucho más, es palmario que la mujer esa es una cualquiera, y una cualquiera no es digna del amor de un hombre decente.

—Hágame V. el favor de entrar, señora, decía D... en la antesala; aseguro á V. que estamos entre amigos.

—Ea, entra, mi querida Emilia, decía Chateau-Renaud; eres muy dueña de quitarte ó no el antifaz.

—¡Infame! murmuró Luis.

En esto entró una mujer, arrastrada más que no conducida por D..., que se daba á entender que de aquel modo cumplía con sus deberes de dueño de la casa, y por Chateau-Renaud.

—Todavía faltan tres minutos para las cuatro, dijo Chateau-Renaud á D...

—Está bien, amigo mío, ha ganado V.

—Todavía no, caballero, profirió la joven incógnita volviéndose hacia Chateau-Renaud é irguiéndose con altivez. ¡Ah! ahora comprendo la insistencia de V...; había apostado V. que me traería á cenar aquí, ¿no es eso? Y al ver que Chateau-Renaud no respondía, dijo á D...: Ya que este hombre no responde, hágalo V.: ¿no es verdad que el señor de Chateau-Renaud había apostado que me conduciría á cenar aquí?

—No puedo negarlo, señora, respondió D...; el señor de Chateau-Renaud me había hecho alentar esta esperanza.

—Pues el señor de Chateau-Renaud ha perdido, prosiguió la incógnita; ignoraba adónde me condu-

cía, y dime á entender que iba á cenar á casa de una amiga mía. Ahora bien, como no he venido voluntariamente, tengo para mí que el señor de Chateau-Renaud debe perder la apuesta.

—Sin embargo, replicó Chateau-Renaud, ya que está V. aquí, mi querida Emilia, va V. á quedarse, ¿no es verdad? Ya ve V. que, en cuanto á los hombres, la compañía es buena, y alegre en cuanto á las mujeres.

—Ahora que me encuentro aquí, continuó la desconocida, doy las gracias al caballero, que me parece el dueño de la casa, por la buena acogida que le merezco; pero como por desgracia no puedo corresponder á su cortés incitación, ruego al señor Luis de Franchi que me dé el brazo y me acompañe á mi casa.

Luis se plantó de un salto entre Chateau-Renaud y la incógnita.

—Señora, exclamó Chateau-Renaud crugiéndole de cólera los dientes, pues soy yo quien la ha conducido á V. hasta aquí, me corresponde á mí acompañarla.

—Señores, repuso la desconocida, son ustedes cinco hombres y me pongo bajo la salvaguardia de su honor; quiero decir que espero van evitar ustedes que el señor de Chateau-Renaud cometa contra mí un acto de violencia.

Chateau-Renaud se abalanzó á la dama, y al ver que todos nos levantábamos, se refrenó y dijo:

—Está bien, señora, queda V. libre; ya sé con quien debo habérmelas.

—Conmigo, caballero, profirió Luis de Franchi con acento de altivez indecible; durante todo el día de mañana me hallará V. en la calle de Helder, núm. 7.

—Corriente, contestó Chateau-Renaud; puede

que no tenga el honor de ir á ver á V. personalmente; pero espero que en mi nombre se servirá usted recibir á dos mis amigos.

—Sólo le faltaba á V. dar una cita como esa en presencia de una mujer, replicó Luis de Franchi encogiendo los hombros. Y volviéndose hacia la incógnita y asiéndole el brazo, añadió: Venga V., señora, y gracias de todo corazón por la honra que me hace.

Dichas estas palabras, Luis y la desconocida se marcharon en medio del más profundo silencio.

—Bien ¿y qué, señores? exclamó Chateau-Renaud una vez cerrada la puerta: he perdido, y nada más. Así pues, todos los presentes quedan convidados á cenar en los Hermanos Provenzales pasado mañana.

Sentóse Chateau-Renaud en uno de los dos sitios vacantes, y tendió su vaso á D..., que lo llenó hasta el borde.

Es ocioso decir que á pesar de la bulliciosa alegría de Chateau-Renaud, el resto de la cena fué poco agradable.

XIV

Al día siguiente, ó hablando con más propiedad, el mismo día por la mañana, á las diez y mientras yo subía á la habitación de Luis de Franchi, bajaban por la escalera dos individuos, jóvenes ambos, uno de ellos evidentemente hombre de mundo; el otro, condecorado con la Legión de honor, aunque vestido de paisano parecía militar.

Como sospeché que aquellos dos individuos salían de casa de Franchi, les seguí con la mirada hasta el pie de la escalera; luego continué mi camino y llamé.

El criado abrió la puerta, y al entrar en el estudio de su amo para anunciarme, Luis, que estaba sentado á su bufete y escribiendo, levantó la cabeza y, al verme, me dijo, mientras estrujaba el empujado billete y lo arrojaba al fuego:

—Cabalmente este billete era para V. é iba á enviárselo. Y volviéndose hacia su criado, añadió: José, no estoy en casa para persona alguna.

El criado se salió.

—¿Se ha encontrado V. con dos individuos en la escalera? me preguntó Luis acercándome un sillón.

—Sí, uno de ellos condecorado.

—Eso es.

—He sospechado que salían de aquí.

—Lo ha adivinado V.

—¿Han venido de parte de Chateau-Renaud?

—Son sus testigos.

—¡Diantre! por lo que se ve lo ha tomado muy en serio.

—No puede V. menos de convenir en que casi no podía obrar de otra manera, repuso Luis.

—¿Luego han venido?...

—Para rogarme que les enviase dos amigos míos con objeto de tratar con ellos sobre el asunto; entonces he pensado en V.

—Me honra grandemente el que se haya V. acordado de mí; pero ya ve V., no puedo presentarme en casa de aquellos caballeros.

—He enviado recado á un mi amigo, el barón Giordano Martelli, para que se venga á almorzar conmigo. A las once estará aquí. Almorzaremos juntos, y, á medio día, me harán ustedes el favor de ir á ver á los testigos de Chateau-Renaud, que se han ofrecido á no moverse de su casa hasta las tres. Aquí están sus nombres y sus direcciones.

Luis me entregó dos tarjetas, y por ellas ví que uno de los testigos era el barón Renato de Chateaugrand, y el otro Adriano de Boissy. El primero vivía en la calle de la Paz, núm. 12; el segundo, que, como sospeché, servía en el ejército, era teniente de cazadores de África, y vivía en el núm. 29 de la calle de Lilla.

—¿Qué le apura? me preguntó Luis al ver que yo volvía y revolvía las tarjetas.

—Querría que me dijese V. con toda franqueza si toma V. por lo serio este asunto, para ajustar nuestra conducta á lo que V. diga.

—¡Yo lo creo! respondió Luis. Por otra parte, y como V. pudo oír, me puse á las órdenes de Chateau-Renaud, que me ha enviado sus testigos. A mí no me toca pues sino dejar que las cosas sigan su curso.

—Sí, pero en fin...

—Redondee V. su pensamiento, profirió Luis sonriéndose.

—Quiero decir que sería preciso saber porqué se baten ustedes. Ya comprenderá V. que uno no puede ver como dos hombres se matan sin saber á lo menos la causa del duelo. Usted no ignora que la situación del testigo es más grave que la del combatiente.

—Voy á decir á V. en dos palabras la causa de esta quimera. Hela aquí: A mi llegada á París, uno de mis amigos, capitán de fragata, me presentó á su mujer, joven y hermosa. Ahora bien, la impresión que me causó la presencia de aquella mujer fué tan honda, que, temeroso de enamorarme de ella, aproveché lo menos que pude la autorización que me concedieran de frecuentar á todas horas la casa. Quejoseme mi amigo de mi indiferencia, y yo le hablé con el corazón en la mano, diciéndole que su mujer era demasiado hermosa y seductiva para exponerme á verla con frecuencia. Mi amigo se sonrió, y, tendiéndome la mano, me exigió que aquel día mismo lo acompañase á la mesa. Mi querido Luis, me dijo á los postres, dentro de tres semanas parto para Méjico; quizá mi ausencia dure tres meses, quizá dure seis ó más. Los marinos solemos saber la hora de nuestra partida, pero nunca la de nuestro regreso. Recomendando á V. á Emilia en mi ausencia, y tú, Emilia, añadió volviéndose hacia su mujer, hazme el favor de tratar á Luis de Franchi como si fuese

tu hermano. Por toda respuesta, Emilia me tendió la mano. En cuanto á mí, era tal mi asombro, que no supe qué responder. De fijo que en aquel momento mi futura hermana formó de mí muy pobre juicio. Tres semanas después partió mi amigo, y durante el trascurso de ellas me constriñó á comer en familia á lo menos una vez por semana... Emilia se quedó sola con su madre, y aunque huelga decirlo, no quiero pasar en silencio que la confianza de su marido la había hecho sagrada para mí, y que no obstante amarla más que no debía hacerlo un hermano, nunca la miré sino como á hermana... Trascurrieron seis meses. Emilia, como he dicho á V., vivía con su madre, y, al partir, su esposo le exigió que continuase recibíendome. Y es que mi amigo nada temía como el sambenito de hombre celoso, y, por otra parte, adoraba en su mujer, en la que tenía la más omnimoda confianza. Emilia continuó pues recibíendome; pero como las recepciones eran familiares y las presidía su madre, quitado todo pretexto á la maledicencia, nadie pudo hincar el diente en su fama... Tres meses atrás, poco más ó menos, Chateau-Renaud se hizo presentar... Usted cree en los presentimientos, ¿no es verdad? Pues bien, al aspecto de Chateau-Renaud me estremecí; y aunque no me dirigió la palabra, y guardó la compostura propia de un hombre de mundo, cuando se despidió y sin saber porqué, me animaba ya contra él un odio profundo. He dicho sin saber porqué, y quizá meditándolo bien la causa de mi odio obedecía á haber yo advertido que él sintiera la misma impresión que yo al ver por primera vez á Emilia. La cual recibió, ó á lo menos así me lo pareció á mí, á Chateau-Renaud con coquetería insólita. Indudablemente me engañé; pero ya he dicho á V. que, en lo íntimo de

mi corazón, mi amor por Emilia no había menguado. En una palabra, se había apoderado de mí el demonio de los celos. Así pues, en la próxima tertulia no perdí de vista á Chateau-Renaud, el cual, advirtiendo quizá mi insistencia en seguirle con los ojos, parecióme que hablando á media voz con Emilia, intentaba ridiculizarme... Como yo no hubiese prestado oídos más que á la voz de mi corazón, aquella noche misma le habría buscado quimera bajo cualquier pretexto y me hubiera batido con él; pero me refrené diciéndome una y otra vez á mí mismo que semejante conducta sería absurda... De entonces más, todos los viernes fueron para mí un suplicio. Chateau-Renaud es un verdadero hombre de mundo, un elegante, un Tenorio, y por muchos conceptos conocí que me superaba; pero dime á entender que Emilia lo colocaba en pedestal todavía más alto que no merecía... A no tardar parecióme notar que no era yo el único que advirtiera la preferencia de Emilia por Chateau-Renaud, preferencia que subió tan de punto y se hizo tan patente, que un día Giordano, que, como yo, era visita de la casa, me habló de ella. Entonces tomé una determinación formal, la de hablar á mi vez á Emilia, convencido como estaba todavía de que por su parte no había más que ligereza, y que me bastaría abrirle los ojos sobre su conducta para que enmendase cuanto pudo dar pie á que la acusaran de casquivana. Pero figúrese V. cuál sería mi admiración al ver que Emilia tomaba en broma mis observaciones, y me tildaba de loco á mí y á cuantos como yo opinaban. Insistí, y Emilia respondiéndome que en semejante negocio no me prestaría oídos, por la razón de que un hombre enamorado es juez prevenido. Yo me quedé como quien ve visiones; su marido todo se lo había dicho. Como

desde el punto de vista de amator desgraciado y celoso, mi presencia en aquella casa se hacía ridícula y casi odiosa, dejé de visitar á Emilia. Sin embargo continué sabiendo qué hacía, y eso por mi desventura, pues las asiduidades de Chateau-Renaud para con Emilia empezaban á ser notadas y de ellas se hablaba ya en voz alta. Resuelto á escribir á la mujer de mi amigo, lo hice con toda la mesura de que fui capaz, suplicándole, en nombre de su honra comprometida y en el de su esposo ausente y lleno de confianza en ella, que mirase muy mucho lo que hacía. ¿V. me contestó? pues ella tampoco... ¡Qué quiere V.! el amor es independiente de la voluntad; la pobre mujer amaba; y como amaba, estaba ciega, ó por mejor decir tenía decidido empeño en no ver. Algún tiempo después oí decir en alta voz que Emilia era la manceba de Chateau-Renaud, y lo que esto me hizo padecer es indecible. Entonces fué cuando mi pobre hermano sintió de rechazo mi dolor. Pasaron doce días, y, en esto, llegó V. Ahora bien, el día mismo que vino V. á verme á su regreso de Sullacaro, recibí un anónimo de una dama desconocida, que me citaba para el baile de la Opera, para hacerme sabedor, decía, de ciertas particularidades referentes á una dama mi amiga, de la que por el momento se contentaba con decirme el nombre de pila, que no era otro que el de Emilia. A la autora del anónimo había de conocerla yo en un ramo de violetas. Entonces dije á V. que debí no haber ido al baile; pero le repito que me impelia el hado... Fui á la Opera, y encontré á la hora y en el sitio indicados á mi dominó, que me confirmó lo que ya me dijeran, esto es que Chateau-Renaud era el amante de Emilia, y como yo dudara, ó más bien como yo aparentase dudar, me dió una prueba

de su veracidad diciéndome que Chateau-Renaud había apostado que llevaría á cenar á casa de D... á su nueva concubina. El acaso dispuso que V. conociese á D...; que le convidaran á la cena aquella, facultándole para acompañar á ella á un amigo, que el amigo á quien se propusiese V. acompañar fuese yo, y que yo aceptase. Lo demás ya lo sabe V. ¿Qué puedo hacer ahora sino esperar y aceptar las proposiciones que me hagan?

Como no había qué replicar, bajé la cabeza. Sin embargo, al cabo de un instante dije con expresión de temor:

—Si mal no me acuerdo, y querría equivocarme, el hermano de V. me dijo que nunca había tocado usted pistola ni espada.

—Es verdad.

—Entonces está V. á merced de su adversario.

—¡Qué quiere V.! Dios proveerá.

XV

En esto el criado anunció al barón Giordano Martelli.

El cual, como Luis de Franchi, era un joven corso de la provincia de Sartero, que servía en el regimiento número 11, y que gracias á dos ó tres hechos de armas admirables, era capitán á los veintitrés de su edad.

Es ocioso decir que Martelli vestía de paisano.

—Lo que tenía que suceder ha sucedido, dijo Giordano á Luis, después de haberme saludado, y por lo que me escribes, es probable que antes de terminar el día recibas la visita de los testigos de Chateau-Renaud.

—Ya han venido, profirió Luis.

—¿Han dejado sus nombres y direcciones?

—Aquí están sus tarjetas.

—Tu criado me ha dicho que la mesa estaba puesta; almorcemos pues, y luego iremos á visitarlos.

Pasamos al comedor, y ya no se habló más del asunto que nos reunía.

Entonces, sólo entonces Luis me interrogó sobre

mi viaje por Córcega, y yo, aprovechando la ocasión, le conté cuanto ya saben mis lectores.

Sosegado en aquel momento el espíritu del joven ante la idea de que iba á batirse al día siguiente con Chateau-Renaud, despertáronse en su corazón todos los afectos hacia su patria y su familia.

Franchi me hizo repetir una y otra vez cuanto me habían dicho su madre y su hermano; y particularmente mostróse muy enternecido, conocedor como era de las costumbres corsas de Luciano, de cuanto hiciera éste para apaciguar los rencores que separaban á los Orlandis y á los Colonas.

—No que despida á ustedes, dijo Luis al sonar mediodía, pero tengo para mí que ya es hora de que devuelvan ustedes la visita á los testigos de Chateau-Renaud; de tardar ustedes más, aquéllos podrían darse á entender que somos negligentes.

—Respecto del particular, sosiéguese V., dije; apenas hace dos horas que han salido de aquí, y ha necesitado V. tiempo para avisarnos.

—No importa, repuso Giordano, Luis tiene razón.

—Sin embargo, dije á Franchi, es menester que sepamos qué arma prefiere V., si la espada ó la pistola.

—Ya he dicho á V. que me era indiferente esta ó la otra arma, contestó Franchi, pues no estoy familiarizado con ninguna. Por otra parte, Chateau-Renaud me evitará la perplejidad de la elección. Como indudablemente se tendrá por ofendido, que elija el arma que más le plazca.

—Sin embargo la ofensa es discutible. Usted no hizo más que ofrecer el brazo á la dama que se lo reclamó.

—Escuche V., me dijo Luis: toda discusión podría interpretarse como guiada por el deseo de

echar tierra al asunto. Yo soy muy pacífico, como usted sabe; no soy duelista, como lo prueba el que esta es la primera vez en que me encuentro metido en tales berengenas; pero precisamente por estas razones quiero jugar limpio.

—Esto cuesta muy poco el decirlo, repliqué; se juega V. la vida, y nos deja á nosotros, ante su familia, la responsabilidad de lo que suceda.

—En cuanto á eso, nada teman ustedes, arguyó Franchi; conozco á mi madre y á mi hermano, y sé que no preguntarán á ustedes más sino si me he portado dignamente, y que contestarán: «Está bien», al responderles ustedes que sí.

—Sea lo que fuere, es menester que sepamos qué arma prefiere V.

—Bueno pues, si proponen la pistola, acepten ustedes.

—Tal opinaba yo, dijo el barón.

—Corriente, ya que los dos opinan así, repuse; pero la pistola es arma villana.

—¿Acaso me queda tiempo para aprender la esgrima de la espada?

—No. Sin embargo, con una buena lección de Grisier, quizá lograría V. defenderse.

—Créame V., profirió Luis sonriéndose, lo que tiene que sucederme mañana, ya está escrito en los cielos, y por más que hagamos V. y yo, no cambiaremos un ápice los designios de Dios.

Dichas estas palabras Giordano y yo estrechamos la mano á Franchi y nos marchamos.

Como era natural, nuestra primera visita fué para el testigo de nuestro adversario que vivía más cerca. Así pues nos encaminamos á casa de Renato de Chateaugrand, que, como va dicho, la tenía en el núm. 12 de la calle de la Paz.

La puerta de Renato estaba cerrada para todo el

que no se presentase de parte del señor Luis de Franchi; lo cual quiere decir que al manifestar nosotros á qué íbamos y al presentar nuestras tarjetas, fuimos introducidos inmediatamente.

Chateaugrand se portó como caballero cumplido, hasta el extremo de no consentir de ningún modo que nos tomáramos la molestia de ir á ver á Roissy, con quien, nos dijo, había acordado que el primero en cuya casa se presentaran los testigos enviaría á buscar al otro. Renato envió pues inmediatamente á su lacayo con encargo de que dijese al señor de Boissy que lo estábamos aguardando.

Entretanto hablamos de todo, menos del asunto que nos tenía reunidos.

Diez minutos después llegó Boissy.

Los testigos de Chateau-Renaud ni siquiera se arrogaron el derecho de la elección de armas: como la espada y la pistola eran familiares por un igual á su apadrinado, dejaban á la mano de Franchi ó al acaso el decidir sobre aquel punto. A este efecto echaron al aire una moneda, después de convenir que si salía cara, quedaba elegida la espada, y si cruz, la pistola; y como salió cruz, decidieron que el duelo se llevaría á cabo al día siguiente á las nueve de la mañana, en el bosque de Vincennes; que los adversarios se colocarían á veinte pasos uno de otro; que se daría la señal con tres palmas, y que á la tercera aquéllos dispararían.

Giordano y yo volvimos á casa de Franchi para hacerle saber de la respuesta, y por la noche, al recogerme, encontré en la mía las tarjetas de Chateaugrand y de Boissy.

XVI

A las ocho de la noche fuí á ver á Franchi para preguntarle si tenía que hacerme alguna recomendación, y por toda respuesta me rogó que aguardase al día siguiente, diciéndome con singular expresión que la noche trae consejo.

Al día siguiente pues, en lugar de ir por él á las ocho, lo cual dejaba todavía margen suficiente para comparecer á la cita á las nueve, me presenté á las siete y media en casa de Luis de Franchi, que estaba ya en su estudio, escribiendo, y que al ruido que hice al abrir la puerta se volvió.

Luis estaba muy pálido, y, al verme, me dijo:

—Con su permiso acabo esta carta para mi madre; siéntese V. y coja un diario, si es que ya los han traído; tome V., aquí está *la Prensa*; por cierto que publica un hermoso folletín de Mery.

Cogí el diario indicado y me senté, mirando con asombro el contraste que hacía la palidez casi cadavérica de Luis con su voz suave, circunspecta y sosegada.

Intenté leer; pero seguía con los ojos los caracteres, sin que ofreciesen sentido alguno á mi espíritu.

—Ya he concluido, profirió Luis al cabo de cinco minutos. Y llamando á su criado, añadió: José, no estoy en casa para nadie, ni siquiera para el señor Giordano, á quien introducirá V. en el salón; deseo pasar á solas diez minutos con el caballero sin que persona alguna nos interrumpa.

Una vez á solas, quiero decir una vez José hubo cerrado la puerta, Franchi se volvió hacia mí, diciéndome:

—Giordano es corso, mi querido Alejandro, y como tal tiene el modo de pensar; así pues no puedo fiar en él en lo que deseo; no podría hacer sino pedirle que guardase el secreto. En cuanto á usted, es menester que me prometa cumplir puntualmente mis instrucciones.

—Tal es el deber de un testigo, repuse.

—Y en este caso tanto más real, cuanto así tal vez evite V. á mi familia una nueva desventura.

—¿Una nueva desventura? pregunté con extrañeza.

—Vea V. lo que escribo á mi madre; lea V. esta carta.

Tomé de manos de Franchi la carta, y con creciente admiración leí lo siguiente:

«Mi buena madre: como yo no supiese que es usted fuerte como una espartana y sumisa como una cristiana, echaría mano de todos los rodeos imaginables para prepararla á recibir el tremendo golpe con que va á herirla un acontecimiento espantoso; cuando la presente llegue á su poder, no le quedará á V. más que un hijo.

»Luciano, hermano mío, mi excelente hermano, ama á mi madre por los dos.

»Anteayer me dió una calentura cerebral, y me fijé poco en los primeros síntomas; el médico llegó

demasiado tarde. Mi buena madre, ya no hay esperanza para mí, á no ser que se obre un milagro; pero ¿con qué derecho puedo esperar que Dios haga para mí el milagro ese?

»Escribo á V. en un momento de lucidez; si muero, esta carta será echada al buzón un cuarto de hora después de mi muerte; porque en el egoísmo de mi amor por V., quiero que sepa que he muerto añorando tan sólo su ternura y la de mi hermano.

»Adiós, madre mía. No llore V.; no era el cuerpo el que la amaba á V., sino el alma, y mi alma, doquiera vaya, continuará amándola.

»Adiós, Luciano; no te separes nunca de nuestra madre, y piensa que ya no le queda más que tú.

»Su hijo, y tu hermano,

»LUIS DE FRANCHI.»

—¿Y bien? proferí en leyendo la carta y volviéndome hacia mi amigo, ¿qué significa eso?

—¿No lo comprende V.?

—No.

—Van á matarme á las nueve y diez minutos.

—¿Que van á matarlo á V.!

—Sí.

—Alimentar tales ideas es una locurá.

—Ni estoy loco ni me ha asaltado idea alguna, mi buen amigo... He recibido un aviso, y nada más.

—¿Y quién ha avisado á V.?

—¿No contó á V. mi hermano, me preguntó Luis sonriéndose, que los varones de mi familia gozan de un privilegio singular?

—Sí, me habló de apariciones, respondí estremeciéndome á pesar mío.

—Esto es. Pues bien, esta noche me ha aparecido mi padre; por eso me ha encontrado V. tan

pálido; la vista de los muertos hace palidecer á los vivos.

—¿Dice V. que ha visto V. á su padre esta noche? proferí mirando á mi amigo con asombro no exento de terror.

—Sí.

—¿Y ha hablado á V.?

—Me ha anunciado mi muerte.

—Sería una pesadilla, repuse.

—No, sino una realidad terrible.

—¿Dormía V.?

—Velaba... ¿Por ventura V. no cree que un padre pueda visitar á su hijo?

Esta pregunta me hizo agobiar la frente; porque en lo íntimo de mi corazón, también yo creía en tal posibilidad.

—¿Cómo ha pasado eso? pregunté.

—Lo más sencilla y naturalmente. Yo leía, aguardando á mi padre, pues sabía que si me amagaba algún peligro mi padre me aparecería, cuando, á media noche, ha palidecido la luz de mi quinqué, se ha abierto con lentitud la puerta, y ha parecido mi padre.

—¿Cómo? pregunté.

—Como en vida: ostentado el traje que solía usar; pero íntensamente pálido y vidriosa la mirada.

—¡Válgame Dios!

—Entonces se ha acercado pausadamente á mi cama, y yo me he incorporado y le he dicho:

«—Bienvenido sea V., padre.

»El cual se me ha acercado y me ha mirado con fijeza, pareciéndome que sus atónitos ojos se aminaban á impulsos del afecto paternal.

—Prosiga V., dije... ¡Es terrible!...

«—Mi padre ha movido los labios, y, ¡caso estúpido! por más que sus palabras no producían

sonido alguno, las he oído resonar en lo íntimo de mi sér, claras y vibrantes como un eco.

—¿Qué ha dicho á V.?

»—Piensa en Dios, hijo mío.

»—¿Luego voy á perecer en ese duelo? le he preguntado.

»Por el pálido rostro del espectro han rodado dos lágrimas.

»—¿A qué hora?

»Mi padre ha señalado con el dedo el péndulo, y yo, siguiendo la dirección indicada, he visto que el reloj marcaba las nueve y diez.

»—Está bien, padre, he respondido. Cúmplase la voluntad de Dios. Es verdad que me separo de mi madre, pero es para reunirme á V.

»Mi padre se ha sonreído, y, haciéndome una señal de despedida, se ha alejado.

»La puerta se ha abierto por sí ante él, y, una vez él ha desaparecido, ha vuelto á cerrarse.»

Franchi se expresó con tanta sencillez y naturalidad, que era evidente que lo que acababa de contar había sucedido realmente, ó que, en su preocupación, había sido juguete de una ilusión á la cual tomara por la realidad, y que, por consiguiente, era tan terrible como ella.

Yo enjuagué el sudor que me corría por la frente.

—Usted ya conoce á mi hermano, ¿no es verdad? continuó Luís.

—Sí.

—¿Qué le parece que va á hacer si sabe que he sido matado en duelo?

—Sin perder instante partirá de Sullacaro para venir á batirse con el matador de V.

—Lo ha adivinado V., y si á su vez sucumbe, mi madre será tres veces viuda, viuda de su esposo y de sus dos hijos.

—¡Oh! comprendo, ¡es espantoso!

—Pues esto es lo que hay que evitar. Ahí por-qué he escrito esta carta. En la creencia de que he sucumbido á una calentura cerebral, mi hermano no se revolverá contra persona alguna, y mi madre se consolará más fácilmente si cree que he muerto por la voluntad de Dios, que no si supiese que he perecido á manos de los hombres. A no ser que...

—¿A no ser qué?... repetí.

—¡Oh! no, no..., profirió Luis, espero que no será.

Como ví que mi amigo respondía á un temor personal, no insistí.

En esto se entreabrió la puerta.

—Mi querido Franchi, dijo el barón Giordano, mientras ha sido posible he respetado tu consigna; pero son las ocho, la cita es para las nueve, y tenemos que andar legua y media. Así pues es menester que partamos.

—Estoy presto, mi buen Giordano, profirió Luis; pero entra, ya he dicho al caballero cuanto tenía que decirle.

Luis me miró, se llevó un dedo á la boca, y volviéndose hacia su bufete y cogiendo una carta cerrada que sobre él estaba, dijo á Giordano:

—En cuanto á tí, mi querido amigo, si muero lee esta carta, y hazme el favor de conformarte con lo que en ella te ruego.

—Está bien, contestó el barón.

—¿No se encargó V. de las armas? me preguntó Franchi.

—Sí, respondí; pero en el momento de salir de mi casa he advertido que uno de los gatillos no funcionaba bien. De paso tomaremos un estuche de pistolas en casa de Devisme.

Luis me miró sonriéndose y me tendió la mano;

y es que comprendió que yo no quería que lo mataran con mis pistolas.

—¿Disponen ustedes de coche, ó envío á José por uno? preguntó Luis.

—Yo me he venido en mi cupé, dijo Giordano; estrechándonos un poco, los tres cabremos en él. Por otra parte, como es un poco tarde, siempre iremos más aprisa con mis caballos que no con caballos de alquiler.

—Partamos, dijo Luis.

Bajamos á la calle, y José, que nos aguardaba á la puerta, preguntó á su amo:

—¿Voy con V.?

—No, José, respondió Franchi, no necesito de usted. Y quedándose un poco atrás, puso en la mano de su servidor un pequeño cartucho de monedas de oro, y le dijo: Tome V., amigo, y si alguna vez en mis ratos de mal humor he estado desabrido con V., perdóneme.

—¡Oh! señor, exclamó José con los ojos arrasados de lágrimas, ¿qué significan estas palabras?

—¡Silencio! profirió Franchi.

Y lanzándose al cupé, se sentó entre Giordano y yo.

—Era un buen servidor, dijo Luis, mirando por última vez á José, y si pueden ustedes serle útil en algo, se lo agradeceré á ustedes en el alma.

—¡Qué! ¿lo despiden? preguntó el barón.

—No, me separo de él, respondió Luis sonriéndose.

Al llegar á la puerta de Devisme nos detuvimos el tiempo estrictamente necesario para tomar un estuche de pistolas, y luego anudamos la marcha al trote largo.